

CIENCIA, PROGRESO Y TRADICION

Discurso pronunciado, en el Paraninfo de la Facultad, por el Excmo. Sr. D. José Ibáñez-Martín, Embajador de España en Portugal, con motivo de su investidura de Doctor "Honoris Causa", en la Universidad de Oviedo.

PALABRAS PREVIAS

Excmo. Sr. Subsecretario de Educación Nacional, Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad de Oviedo, Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad de Sevilla, Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de León, Excmos. Rvdmos. Sres. Obispos de Tuy y Auxiliar de Santander, Excmos. Sres., Señoras y Señores:

Un galardón —decía Baltasar Gracián— vale no solo por lo que representa, sino por quién lo otorga. Y así, el honor que me dispensa esta Universidad, que es para mí distinción preciadísima, ennoblecce más su mérito por el alto rango de la Institución que me la brinda. No os extrañe, por ello, que me presente ante vosotros abrumado por un sentimiento en que la emoción se hermana y aúna con la gratitud.

La Universidad de Oviedo, a través de esta Facultad de Veterinaria, dá en estos momentos una prueba más de su tradicional hidalguía al evocar en este acto los años en que, con tanta ilusión y fervor, consagré lo mejor de mi vida al servicio de la Universidad, de la Cultura y de la Investigación española. Mas sería erróneo pensar que todo el mérito

fuera mío. Se trata de una época que, en frase de Donoso, podría calificarse como la de la política del entusiasmo, que es la propia de los grandes períodos creacionales de un Estado. Así, cuando se haga la Historia de estos años decisivos, perdurará como ejemplo asombroso, esa le denodada de nuestro Caudillo, por su trabajo abnegado y su celo admirable, que se proyecta sobre todos los horizontes de la vida española. De su preocupación por los problemas de la inteligencia, yo he sido testigo muy directo, a la vez que intérprete leal en sus realizaciones efectivas. Por eso quisiera que en este acto, en el que la Universidad de Oviedo, por medio de su Facultad de Veterinaria, trata de galardonar la obra de un Ministro, este antiguo Ministro reduzca, del honor que se le tributa, toda la parte que en justa medida, corresponde, de modo preeminent, al hombre que con singular genio político rige hoy los destinos de España.

Por eso yo os pido para él, para su ingente obra cultural y como simbólico tributo de reconocimiento de este ilustre Claustro universitario, vuestro aplauso más efusivo y unánime.

Al encontrarme hoy de nuevo, señores, ante vosotros, en el ámbito de la antigua Universidad ovetense, que hoy extiende su dominio cultural hacia esta noble e hidalgica ciudad de León, veo como a través del tiempo, se unen simbólicamente, como expresión de lo que debe ser la vida española, los principios de la Tradición y del Progreso. La primera, porque esta Universidad encarna con el estilo de las más antiguas tradiciones de nuestra patria. Tradición cristiana, que se simboliza paralelamente en la vida de las dos ciudades, Oviedo y León, que aquí se reúnen en un mismo latido. Oviedo, fundada por un monje que concibe la maravillosa idea de alzar la ciudad, entre la dulce verdura del "lucus ovetensis". Y León, que es elegida por un Santo admirable, portentoso resumen del saber de la antigüedad, para que aquí reposen sus restos gloriosos. Tradición religiosa, porque tanto Asturias como León fueron, en los momentos aurorales de la reconquista, lo que luego sería España, en frase de Paul Claudel, Trinchera de la Virgen. Ya desde entonces, desde el siglo VIII de nuestra historia, el héroe español sería un héroe mariano. Y la Virgen acompañaría en sus victorias a las armas de la Cristiandad, que se lanzarían desde estas tierras leonesas y asturianas, como una catarata de luz y de esperanza, contra los pueblos que negaban la fe de Jesucristo.

Y junto a ello, el poderoso estímulo del progreso, vivificando dos regiones privilegiadas del solar hispánico. Hoy nuestra enorme riqueza, la gran actividad industrial de vuestras cuencas mineras. Toda la reserva económica que se encierra en las regiones leonesa y asturiana, contiene un futuro en potencia, lleno de posibilidades, que permite prever un porvenir más risueño, en este afán restaurador de fuentes de energía, que caracteriza la política vivificante del movimiento nacional.

Y todo ello, como merecimiento de unas tierras y de unos hombres que ya parecían predestinados para cumplir una misión ejemplar, desde los siglos oscuros de la Edad Antigua.

Porque hasta las leyendas seculares que adornan el relato de los primeros momentos de la reconquista, encierran un fondo moral, que hoy todavía tiene el carácter de un símbolo y la eficacia de una lección. Digo ésto, porque la Universidad ovetense, en una de cuyas más jóvenes y esperanzadoras Facultades nos encontramos, constituye un formidable alegato contra las calumnias de la leyenda negra. No; aquí los inquisidores no representan la persecución de la ciencia, sino el fomento de la cultura. Porque es un inquisidor, Fernando de Valdés, el que funda en su testamento, esta Universidad. Un hombre de la Inquisición, creando centros de cultura. ¿Es éste, señores, el obscurantismo de España? La Bula de Erección es de 1974. Y lleva el sello de Gregorio XIII, el Papa de las Decretales y del Calendario. Y todo ello, no por un azar de la historia, sino porque Dios quiso que el nacimiento de esta Universidad, fuese sancionado por uno de los Pontífices más ilustres de la Iglesia, por un Papa que supo ordenar la oceánica marea del Derecho Canónico y que, con sabia mano, armonizó los cielos estelares, dando una pauta de armonía al eterno caminar de los días y de los años.

¿Cómo no habré de sentirme turbado de la más íntima emoción comprobando que es esta misma Universidad la que me brinda el homenaje que más puede cautivar y seducir a un universitario? Pasarán los años y cuando ya hasta vosotros os hayais olvidado de esta investidura de Doctor "Honoris Causa" con que me enaltecéis, yo conservaré todavía, como guardan las caracolas del litoral cantábrico, la canción antigua del mar lejano, yo recordaré — digo — el eco de este día con una resonancia infinita, que me acompañará hasta la muerte y que resonará siempre en esta caracola emocionada y trémula, que un día será mi envejecido corazón.

Mi gratitud al ilustre Ministro de Educación Nacional, don Jesús Rubio, al Sr. Subsecretario de Educación Nacional, Sr. Maldonado, que me ha hecho el honor de su presencia, a este Rector Magnífico, Dr. Virgili Vinadé, ejemplo de juventud estudiosa y fecunda, al anterior Rector, Dr. Silva Merelo, que con tanta generosidad acogió la propuesta de la Facultad de Veterinaria de León que ha llevado la iniciativa en la propuesta de esta distinción inmerecida, de modo especial a su Decano anterior, Dr. Izquierdo, fervoroso servidor de la causa veterinaria y que como padrino y llevado de su sincera amistad ha hecho de mi modesta persona una apología que no merezco, y al de hoy, Dr. Ovejero del Agua que tanto entusiasmo ha puesto en la organización de este acto.

Mi gratitud también al Sr. Obispo de León, apasionado defensor de todos los nobles ideales de esta insigne Diócesis, al Sr. Gobernador Civil, al Presidente de la Diputación, al Alcalde de la ciudad y a todas las demás autoridades, que con su presencia dan al acto un carácter leonino fraternal, que agradezco con todo el alma.

Mención especial quiero hacer del ilustre Rector de la Universidad de Sevilla, Dr. Hernández Díaz, que en nombre de aqué Universidad que me otorgó igual honor, ha querido estar presente en el día de hoy, al Decano de la Facultad de Veterinaria de Madrid, a los Catedráticos de la Facultad de Córdoba, igualmente presentes, y al grupo entrañable del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que capitaneados por el ilustre Obispo de Tuy, Doctor Fray José López Ortiz, Vicepresidente del Consejo, me acompañan también en este acto para mi tan singularmente grato. Vaya también mi agradecimiento a todos los que desde los cuatro puntos cardinales de España han manifestado su adhesión a este homenaje que en definitiva va dirigido totalmente a todas las Facultades de Veterinaria.

León hace así honor a su antiguo rango hospitalario, a su ilustre pasado cultural. Porque León tiene una ejecutoria simbólica. Su historia nos confirma esa especie de predestinación providencial que la pone siempre en vanguardia, por la civilización y por la cultura. Tradición heróica, que perdurará a través de los siglos, haciendo que la ciudad reviva su viejo estilo de campamento legionario. Porque al pasar de campamento de la Legión VII Gemina a ciudad permanente, León no perdió su viejo temple combativo. Y la reconquista fue la gran proa que avanzaba sobre el océano del mundo infiel.

Templada en la adversidad, cada nueva devastación la exalta y la sublima. Las avalanchas de Almanzor y Ab-del-Melik, a finales del siglo X, producen el milagro. Nuevo fenix de la reconquista, de sus gloriosas cenizas renace a un espléndido despertar. Y así, de castro militar, de avanzadilla bélica, pudo convertirse en corte de España y consolidar su condición jurídica con aquellos "Buenos Fueros" dados por el gran Alfonso V.

Pero junto a ese carácter radicalmente hispánico, de forjadora, con Asturias, de aquél ideal humanitario, precursor de la que luego sería la gran unidad nacional, León juega el papel también de ciudad universalista. La Europa cristiana, la Europa viajera, la Europa peregrina, pasó por estas calles y por estas plazas, se refugió en el antiguo hospital de San Marcos, hizo jornada aquí, camino de aquella meta de la religiosidad universal, que se llamó Compostela. En aquel camino de Santiago, León fue una estrella más, acaso la más fulgurante, desde la que los peregrinos presentían ya la proximidad del "campo de estrellas" que como un dosel, cubría desde lo alto del cielo, el sepulcro del Apóstol. Y así, cosmopolita y española, europea y antigua, León se incorpora con toda la grandeza de su pasada histórico, con toda la belleza de su arte, a las fiestas isidorianas. Y esta Facultad de Veterinaria, sumándose a las conmemoraciones, quiere que en ellas no falte la voz y la presencia de la Universidad.

La Facultad de Veterinaria, pretende así agradecer al que fue antiguo Ministro de Educación Nacional, la justa jerarquía universitaria que se le atribuyó. Y en verdad que tampoco es proporcionada, por excesiva, la respuesta. Porque los estudios de Veterinaria en España, se hacían con tan singular ejemplaridad, eran tan doctos e ilustres sus Catedráticos y los estudios que en ella se profesaban, tanto decían para la riqueza y para la prosperidad de nuestra Patria, que como Ministro no hice sino recoger lo que estaba en la mente de todos y lo que respondía a un sentido de rigurosa justicia. Como aquel investigador que afirmaba que, como ecos de Dios que son, las verdades de la Ciencia, son verdades aun antes de que se las haya descubierto. Antes de 1948, vivíamos entre estudiantes y Catedráticos de unas disciplinas que en el fondo debían constituir una verdadera Facultad, pero a la que todavía no se le había asignado ese reconocimiento formal. Mas el tiempo tiene sus imperativos, y el de aquella hora nos dictaba volver los ojos a las Ciencias de la Naturaleza y orientar hacia ellas la vocación de nuestra ju-

ventud. La Universidad no puede estar divorciada de la realidad social en la que vive. Y España, necesitaba concentrar todo su interés y atención en fomentar sus fuentes de riqueza naturales. Es la ley de la política realista que imponen las exigencias del momento contemporáneo. Desdichado el país que sólo se cuidase de preparar Letrados o Filósofos y se olvidase de estimular en sus hombres, el cultivo de los campos o la atención a sus ganados.

Aquí nosotros sabíamos que en España, sus reservas materiales eran la fuente del bienestar de la Nación. La renta agrícola representaba 77.287 millones de pesetas, y el valor total de la riqueza ganadera, incluyendo la valoración de los productos derivados, de 40.000 millones de pesetas. El espíritu investigador, debía proyectarse hacia el campo de la técnica, mientras que la Universidad, para hacer honor al apelativo universalista de su misión docente, tenía que asumir como propia una clase de estudios en los que se preparara al hombre para conservar y mejorar uno de los resortes de riqueza en los que se cifraba con más interés el futuro económico de España. Tal fue la razón de que las Escuelas de Veterinaria alcanzasen rango facultativo. Ello respondió a la necesidad de completar con los estudios de las Ciencias de la Naturaleza, las antiguas parcelas de trabajo dedicadas a la pura especulación filosófica para que el universalismo del "alma mater" tuviese una rigurosa objetividad. Tal era el panorama de los años 1940 a 1948. Pero en doce años nada más, el progreso científico ha alcanzado límites de tal volumen, que es hora ya de detenerse a pensar si ese desarrollo de un ilimitado cientifismo técnico no tendrá que volver a vincularse de nuevo, de una parte con los imperativos inmutables de la tradición y de otra con esas fronteras del espíritu que deben constituir la base esencial de todo progreso humano.

Esta es la razón de que haya elegido como tema de mi discurso, el análisis de esta incógnita que tiene planteada el hombre contemporáneo hacia un futuro ensombrecido por los riesgos de un peligroso materialismo.

Nuestra época, señoras y señores, tiene un signo determinado. La Ciencia pura, la Especulación Filosófica como movimiento de la inteligencia, en su vocación o camino hacia la Sabiduría ha cedido terreno en el mundo de la Cultura. Asistimos a una moderna polarización del quehacer intelectual hacia el campo estricto de la Ciencia Aplicada.

Ciencia y Técnica, se ciega en el progreso, utilización hasta el máximo de las Fuerzas casi desconocidas del Cosmos, he aquí el panorama contemporáneo del universitario del mañana.

Mas como esta actitud, llevada a sus últimos extremos, pudiera quebrantar esa jerarquía de valores que hoy y mañana y siempre han de constituir la íntima arquitectura del saber humano, es posible que convenga aprovechar la circunstancia de una reunión como ésta, de categoría universitaria, para recapitular sobre el acierto o los riesgos que esta situación puede representar para la vida del espíritu.

He creido, por ello, que con mis palabras de hoy se podía resumir el pensamiento de un universitario, inquieto siempre por los problemas de la Investigación y de la Ciencia, cuyos nuevos derroteros importa hoy volver a considerar contemplados de un punto de vista del pensamiento católico.

CIENCIA, PROGRESO Y TRADICION

Ante todo, la primera realidad que se ofrece a los ojos del espectador en ese prodigioso laboratorio de la actual realidad humana, es que el hombre ha superado los límites más ambiciosos de su poder o dominio sobre la Naturaleza. No sólo la inteligencia humana ha profundizado los abismos de la tierra, o en el fondo azul de las profundidades oceánicas, tratando de arrancar al mundo el secreto del origen de la existencia, sino que, rotas las fronteras de los sueños y de las fantasías siderales, el hombre intenta ya, al amparo de una técnica fabulosa, dominar los espacios ante un horizonte cósmico lleno de misteriosas sugerencias.

Ahora bien, en ese proceso evolutivo de la posición humana ante la Ciencia y frente al enigma del Universo, en esta tecnificación contemporánea del hombre, son todo logros y victorias afortunadas, ¿o hay algo que trágicamente se está perdiendo sin que la Humanidad trate de evitarlo?

He aquí la gran problemática de nuestro tiempo. La interrogante que el hombre de nuestros días debe formularse sino quiere precipitar su caída en los abismos de una Ciencia estrictamente material. Tal es el riesgo que ya anuncia Pío XII en uno de sus últimos mensajes de Navidad. El hombre contemporáneo se encuentra en trance de consumir sus riquísimos elementos espirituales como consecuencia de ese desequi-

El hombre ante la
naturaleza

La problemática
de nuestro tiempo

libro existente entre su vida interior y las realizaciones alcanzadas como supremas conquistas de la Ciencia.

No creo, señores, que sea inútil servirnos de la oportunidad de este acto para formular en torno a ese dramático problema, una cristiana solución.

España ha sido y es, en el orden de la Cultura Universal, la gran reserva espiritual de Occidente. Afirmó su propia personalidad al margen de las influencias que estaban en boga por el exterior; sólo, cuando trató imitativamente de parecerse a ésta, profanó su auténtico y serio destino.

El porvenir económico de España ha definido esa consagración a los estudios técnicos, como instrumento poderoso capaz de poner en juego las fuentes de riqueza, durante tanto tiempo explotadas, de nuestra Nación. Y así, por momentos España se incorpora a la línea de los grandes progresos científicos, con que el hombre intenta dominar el mundo que le rodea. Por fortuna, estamos aun en una zona de evolución que permite confiar en que los principios de ese progreso se aunarán por los imperativos espirituales de nuestro pensamiento tradicional. Pero fuera de España, el exclusivismo de la técnica en la dirección de la Cultura moderna ha dado una prevalencia excesiva al progreso material, descomponiendo el todo armónico y feliz del hombre y mutilándolo en su sensibilidad con respecto al concepto y valores de orden superior.

Es cierto que siempre ha seducido al hombre el espectáculo de la Creación puesta a su servicio por la mano providente del Creador. En su afán de descubrir el origen del ser y de la vida, de arrancar su misterio al enigma de la materia y de la energía, el investigador ha llegado, en el colmo de su vanidad, a la ruptura de esa relación entre lo temporal y lo eterno, que es en el fondo la razón última de la armonía del Universo, por la que el fundamento último de la vida del hombre se encuentra en la idea suprema de su Creador.

Pero el problema es mucho más grave, si se considera que ese rompimiento de la relación metafísica entre el hombre y Dios se traduce dentro del plano filosófico en ese pesimismo contemporáneo que partiendo de unas literaturas en las que la angustia suplanta la esperanza cristiana, se llega a instaurar las bases de un existencialismo ideológico.

co, de carácter esencialmente ateo, por el que también las ciencias del espíritu apartan su camino de toda justificación, de entronque teológico o sobrenatural.

Si se pretende interpretar las leyes siderales del Universo como fórmulas mecánicas prescindiendo de su causa espiritual, como no va a llegar en esa realidad de un Cosmos sin espíritu, a negarse que el pensamiento filosófico tenga nada que basarse en la idea de Dios.

¡Con qué razón el Romano Pontífice da la voz de alerta ante el riesgo de las consecuencias de esta actitud! El Cristianismo—ha dicho un sabio jesuíta español— no puede aceptar la deformación del hombre realizada insensiblemente por la Técnica, ni la consiguiente desesperación de los pesimistas, ni la torpe resignación de los inertes. El Cristianismo no quiere que el hombre esté sujeto al poder de la naturaleza, siervo de los elementos de este mundo. El Cristianismo se siente hoy con más fuerza que nunca llamado a renovar en el hombre esa imagen de Dios que es la armonía del individuo con su conciencia y en relación con el orden del Universo que le rodea.

Hemos llegado, pues, a los términos sustanciales del problema. Cultivemos las Ciencias de la naturaleza, exaltemos hasta dónde las necesidades de nuestra Patria lo exijan, las realizaciones del Progreso Técnico, pero no olvidemos que una Civilización y una Cultura puramente material, terminan por empobrecer tanto el espíritu del hombre que acaban por apartar su pensamiento de la Suprema Luz de la Verdad.

Es la voz de Roma. Cuando el Progreso Técnico se apodera del hombre, aprisionándolo dentro de sus espirales, cuando lo segregá y aparta de su mundo espiritual interior, para conformarlo del todo a principios materiales en sus criterios e intereses, en sus valoraciones y decisiones, es que se está profanando la verdadera condición espiritual del hombre.

Podemos decirlo nosotros sin temor a un mal entendido. Porque si en estos últimos años ha habido una verdadera revolución en la vida española, ésta se ha cumplido para bien de España, en los dominios de la Ciencia y en el ámbito del progreso técnico. Pero, por fortuna para nosotros, nuestros sabios e investigadores no han olvidado el punto de partida de que debe arrancar toda empresa científica: ese entronque suelto que une el hallazgo prodigioso de la ciencia con el antecedente moral de un pensamiento cristiano enraizado en nuestra tradición filosófica.

Tradición y
progreso técnico

*He aquí la única manera de que el hombre no se encuentre em-
pavorecido ante una realidad que desborda sus viejos conceptos de la
porción y de la medida.*

Cajal y Menéndez
Pelayo

Para evitar las consecuencias trágicas de esta desarmonía entre el hombre y su medio, importa buscar la fórmula ideal por la que, el sentido progresivo de la Ciencia, se ordene dentro de una racional jerarquía de valores. Esta es la consigna que un universitario y un político católico debe formular ante un grupo de investigadores y de maestros. Para lograr aquella aspiración, España cuenta con gran número de figuras simbólicas que van desde Cajal hasta don Marcelino Menéndez y Pelayo. Cajal pudo realizar sus decisivos hallazgos, porque su mente esclarecida no se contrajo en los moldes de una Ciencia paralizada e inerte. Pero el ingente proceso de su investigación científica, supo salvarse de la tentación de hacer tabla rasa del pasado y asentó sus descubrimientos sobre las viejas piedras angulares de una tradición científica de signo cristiano. Y don Marcelino, siempre casticista y siempre nostálgico de nuestro Siglo de Oro, afirmó repetidas veces el sentido progresivo de la Ciencia. Si combatía a los que renegaban del pasado y despreciaban nuestras mejores riquezas culturales, alentaba a la vez la conquista de nuevos estadios del pensamiento. Es decir, tradición, sin estancamiento. Progreso sin mengua del respeto debido a la Tradición. He aquí el mejor lema para el investigador contemporáneo que no quiera caer en los excesos de un cienticismo materialista. En su "Historia de las Ideas Estéticas", afirmaba Don Marcelino que "al respetar la Tradición, al tomarla como punto de partida y arranque, no se puede olvidar que la Ciencia es progresiva en su índole misma y que de esta ley no se exime ninguna ciencia". (*Historia de las Ideas Estéticas. Obras Completas, tomo LIX, pág. 297*).

El ideal de
Don Marcelino

El mismo pensamiento late a través de las páginas de la Ciencia española. Menéndez y Pelayo soñaba para España, no una Cultura replegada sobre sí misma, nostálgica siempre de sus glorias antiguas, sino una Cultura seria y siempre en progresivo movimiento, pero católica y en perfecta armonía con los principios de la Verdad Cristiana y las consecuencias que de ello se derivan.

De las diversas interpretaciones formuladas contemporáneamente sobre la figura de Don Marcelino es esta, como dice el Padre Guerrero,

la que merece una mayor estimación. Porque ella puede servir en estos momentos de brújula orientadora a los afanes científicos marcados por la obsesión de la técnica.

Es cierto que hoy sería inútil para el progreso y para el bienestar de la Patria española, el retorno al contenido del pensamiento español en su siglo áureo, pero no es menos verdadero el principio de que la Cultura, realizándose de forma evolutiva a lo largo del fluir y del acontecer histórico, tiene unos cauces antiguos cuyo origen no se puede ignorar por nuevas y desconocidas que sean las sirtes que en el futuro haya que recorrer.

Permitidme señores, que como un paso más en esta meditación, afirme que para mí la máxima preocupación de los educadores de la juventud universitaria en estos momentos, deberá consistir en buscar una armonía conjunta, que ligue de una parte al hombre y sus ambiciones de progreso y de bienestar con el medio físico en que vive, y, de otra, los hallazgos de sus descubrimientos científicos, con las fuentes remotas de una tradición que, por ser española, es esencialmente cristiana.

Todo lo demás es rondar las puertas al materialismo histórico. Y la responsabilidad secular de España, su antigua misión evangelizadora del mundo, la obliga de nuevo a poner en guardia a todos los instrumentos de su cultura para que ésta no desvie y profane su trayectoria y su ejemplar ejecutoria moral.

Es el momento, pues, de meditar con la gravedad que requiere la importancia del problema, sobre la necesidad de restaurar esa armonía del hombre con su propia conciencia y con el mundo, como único medio de superar lo que Leslie Paul ha estudiado como la crisis del hombre contemporáneo. ("Annihilation of Man").

Reconozcamos la existencia de esa crisis y tengamos la valentía de afirmar cuál es su causa. Reconozcámolo sin rodeos. La desarmonía del hombre contemporáneo está determinada por la falta de satisfacción final, esa especie de inquietud insatisfecha que surge trás los audaces descubrimientos de la Ciencia.

El investigador alcanza hoy metas que hace sólo dos decenios parecían inalcanzables. Pero su ambición espiritual jamás se puede satisfacer con la plenitud de una Verdad absoluta, poseída y dominada

La armonía
del hombre y el
medio

Crisis del hombre
contemporáneo

por su inteligencia. Sino que cada nuevo hallazgo es umbral —a veces sugestivo y maravilloso— para nuevas investigaciones. Mas la Ciencia no puede brindar al hombre su secreto último, ese final de una cadena de realizaciones que constituyen hoy el signo visible del progreso. No. El hombre nunca llegará a la meta definitiva, en esa carrera, por donde hoy se precipitan, como en una olimpiada trágica, los pueblos más civilizados, creando insólitos instrumentos capaces tanto de mejorar el nivel de vida de la sociedad humana, como de precipitarla a los abismos de la destrucción y de la muerte.

Como una maldición secular, la satisfacción del científico será incompleta, porque la inteligencia humana no podrá nunca descubrir ese "stadium" último, trás el cual se encierra el misterio impenetrable de la Ciencia.

Los límites de la ciencia

La investigación se mueve hoy y se moverá siempre sin ultrapasar ese límite, actuando en la zona de las que se ha dado en llamar "penúltimas razones". La Ciencia llega a su nivel más alto cuando se formula esa interrogación a la que ella misma es incapaz de responder, pero que por el hombre no puede permanecer incontestada. La lucha por esa incógnita es el mejor estímulo de la actividad intelectual del hombre. Pero cuando, más allá de una frontera insalvable, esa inquietud humana no encuentra respuesta, es cuando la Ciencia descubre que el progreso y la técnica no lo son todo en este mundo en que vivimos, que hay algo por encima de esas colosales realizaciones que hoy asombran nuestro espíritu conturbado. Como decía Ortega, "las gentes frívolas piensan que el progreso humano consiste en un aumento cuantitativo de las cosas y de las ideas. No; no; el progreso verdadero es la creciente intensidad con que percibimos media docena de misterios cardinales que en la penumbra de la Historia laten convulsos como perennes corazones".

Es que, señores, —y con ello estoy llegando a la conclusión de mi discurso— cuando la realidad experimental se detiene, es que hay que seguir el camino por otro plano que no cifre sus logros en los simples fenómenos físicos, es decir, un plano de ambiciones más remotas, "metafísicas" o ultramateriales.

Esa es la lección que hay que recordar a los que piensan que el auge ilimitado de la técnica actual va a traer al mundo una felicidad que hasta ahora no había conseguido.

No. Sean bien venidas estas obras admirables de la inteligencia

humana, en cuanto fuentes de aprovechamiento de factores físicos hasta ahora infecundos e inexpLOTados. Dediquense los nuevos universitarios de hoy a orientar su vocación hacia el mundo maravilloso de la Técnica que tan necesaria es para el progreso de la Patria.

Pero, atención, señores, que no todo nuestro esfuerzo se quede ahí, porque ello equivaldría a traicionar la misión trascendente de la auténtica Cultura española.

Tal es la responsabilidad del momento que vivimos, sobre cuya importancia yo os invito a todos a meditar.

España ha profanado su destino cuando ha querido seguir ejemplos y modas extranjeras. Cuidémonos de no caer en el mimetismo de las ideas materialistas que espolean el afán investigador de pueblos para quienes la idea de Dios cuenta poco en el balance racionalista de su Cultura. Concibamos a la española nuestro progreso científico. No cortemos las alas al espíritu, confiando en que la única verdad es la que se descubre en el microscopio del laboratorio o en el telescopio que intenta descubrir la inmensidad del cielo. Porque por encima de uno y de otro hay algo que esconde y guarda su secreto. Este infinito secreto ante cuyo misterio impenetrable la Ciencia no tiene más remedio que humillarse, para dejar paso al aliento y a la esperanza de la Fe.

Tal es la idea del progreso que convendría volver a actualizar en esta hora de España.

Los hallazgos científicos aumentarán su importancia y serán cada vez más asombrosos los descubrimientos de la Técnica, pero poco se habrá conseguido con conquistar el espacio, con llegar a los astros y con poder destruir la tierra, si el hombre ha perdido, como precio de esas conquistas, la reserva de su mundo moral y el resorte de su Fe religiosa.

Sólo el progreso será cierto y fecundo cuando detrás del más sorprendente descubrimiento, cuando después de conquistar un universo que va del átomo a la estrella, el hombre columbre en el horizonte hasta donde le lleva su pasión científica, esa razón última que hoy parecen no buscar las brújulas de las culturas puramente racionalistas, y que con trase feliz, llamaba Ortega, "el acantilado de la divinidad".

La ciencia y la fe